



“Mora”

p. 115-136

Víctor Rico González

Hacia un concepto de la conquista de México

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Historia

1953

299 p.

(Primera Serie 29)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de junio de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/028/hacia_concepto.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



M o r a



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



Mora presenta la segunda respuesta de importancia al mito de Bustamante. Como Alamán, quiso combatir a los que hacían la historia “románticamente”; pero no elaboró, en el campo histórico, una doctrina de consideración. Tampoco fué erudito ni preciso en el detalle, y pudiera pensarse de él que repite lo que ya habían dicho otros historiadores. Sin embargo, no hay tal: Mora tenía la mirada penetrante del águila, y supo ver nuestra historia con una agudeza nada común, lo cual le permitió ser original allí donde parecía que todo estaba definitivamente estudiado. Su originalidad es sutil porque no se manifiesta en tesis ostensiblemente nuevas, sino en pequeñas correcciones y observaciones que dan al conjunto de su obra un sentido propio.

Si fué un poco ecléctico, ello corresponde a su carácter de precursor del liberalismo mexicano. Pero su conocida enemistad con el clero y la milicia fortalece a veces su mirada, y le hace ver aspectos de la historia de la Conquista que han permanecido ocultos para la mayoría, pese a ser abultada evidencia.

Por su actitud misma, fué hombre de minorías, y su obra no tuvo —ni tiene— la popularidad que, en muchos aspectos, merece. De ahí que su influencia en el campo de la historia sea mínima, aunque sus ideas políticas hayan tenido, a la postre, cierto ascendiente sobre la vida del país. Su obra histórica no tuvo el momento propicio, porque cuando se escribió casi nadie estaba capacitado para reparar en ella, y cuando esto fué posible ya estaba superada. En este sentido se frustró.

Las fuentes principales que existen para la biografía de Mora son tres: Francisco Sosa en *Biografías de mexicanos distinguidos* (1884); Arturo Arnáiz y Freg en *El Doctor José María Luis Mora, 1794-1850. Homenaje de la Universidad Nacional de México al reformador ilustre* (1934), y Salvador Toscano en *El Doctor Mora* (1936).

Completan el cuadro diversos ensayos que tratan distintos aspectos de la obra de Mora, entre los que se deben mencionar, por su decoro intelectual, los de D. Joaquín Ramírez Cabañas, D. Fulgencio Vargas y D. Arturo Arnáiz y Freg. Este último se lleva la palma entre los que se han ocupado

del gran liberal, no sólo por su ensayo biográfico, que es el más completo, sino también por los ensayos y conferencias que le ha dedicado, todos los cuales están dotados de esa penetración y esa amplitud de criterio a que el Prof. Arnáiz y Freg nos tiene habituados.

Por desgracia, no existe un estudio riguroso acerca de la obra histórica de Mora, pese a que su mejor libro, *México y sus revoluciones* tiene ese carácter. Sucede con Mora lo que con otros grandes valores de nuestro siglo XIX, en los cuales los méritos del escritor político oscurecieron los del historiador.

Descendía José María Luis Mora de familia puramente española, enriquecida con la minería, y nació en Chamacuero, provincia de Guanajuato, en el mes de octubre de 1794. Fueron sus padres D. José Ramón Servín de la Mora y Doña María Ana Díaz de Lamadrid.

Inició sus estudios en Querétaro, mostrando bien pronto la clara inteligencia que hace exclamar a su biógrafo: “No hubo galardón escolar, por elevado que éste fuera, que no hubiese alcanzado”¹.

Pasó después a México y continuó sus estudios en el Colegio de San Ildefonso, donde, en 1812, recibe el grado de Bachiller en Filosofía. En 1817 se le concedió la Beca de la Biblioteca de dicho Colegio, que era muy bien remunerada; pero Mora —a pesar de su pobreza, pues la revolución de independencia había arruinado a su familia— cedía el dinero para mejorar la Biblioteca, a la vez que atendía ésta con esmero.

En julio de 1819 sufre el primer ataque de tuberculosis pulmonar, la enfermedad que ha de llevarlo a la tumba, y, por contraste, el día 19 de ese mismo mes y año recibe, con todos los honores, el grado de Licenciado en Teología, facultad en la que se ha de doctorar un año más tarde (26 de julio de 1820).

Se dedica entonces de lleno a servir las cátedras —que ya antes le habían sido encomendadas— de Latinidad y Humanidades, distinguiéndose como uno de los profesores más jóvenes y brillantes de San Ildefonso.

Con la consumación de la independencia, en septiembre de 1821, Mora se manifiesta como liberal decidido: establece en San Ildefonso un curso de Economía Política —el primero en México—, y redacta el *Seminario político y literario*, tribuna del pensamiento liberal.

“Es de suponerse el disgusto que la elevación de Iturbide al Trono Imperial causó a Mora, que convencido de que ‘la independencia, este

¹ Arnáiz y Freg.—“Estudio biográfico del doctor en Teología y licenciado en Derecho Civil don José María Luis Mora”, en el *Homenaje* a Mora de la Universidad Nacional. México, MCMXXXIV.

precioso e inestimable bien, no se consigue por variar de señor, sino por sacudir la servidumbre’, llegó hasta a llamarlo en la tribuna parlamentaria ‘el déspota más insolente y criminal’.

“No era necesaria tanta insistencia para desencadenar sobre sí las iras del impulsivo Agustín. Por más leves frases las mazmorras se habían abierto para otros diputados”².

Se le designó como prisión el Colegio del que era profesor, y allí permaneció prisionero bajo la custodia del Rector. En marzo de 1823, cae Iturbide y Mora reanuda sus actividades políticas con su ardor acostumbrado. Es electo diputado a la legislatura constituyente del Estado de México, y se convierte en cerebro rector de la misma, elaborando todos los decretos y leyes importantes, incluso la Constitución del Estado, la ley de hacienda, etc. Terminadas las funciones de la legislatura en 1827, Mora aprovechó su ausencia de los ‘puestos públicos para recibirse de abogado.

Prominente miembro del Partido escocés, Mora entró por entonces a la redacción de *El Observador*, semanario portavoz de la ideología liberal. Allí publicó muchos de sus mejores escritos políticos que le dieron fama a la vez que enemigos. Hombre de alma recta e inflexible, enemigo de dobleces y de todo cuanto significase hacer concesiones a los que él consideraba opositores del bien de la Patria, Mora tuvo por enemigos a los miembros de las dos clases sociales más poderosas en el México de entonces: clérigos y militares. Conviene tener presente que —como ha señalado muy bien D. Francisco Sosa— las ideas de Mora parecen hoy moderadas, pero entonces sonaban a iconoclastas, porque constituían el primer grito de rebeldía contra los tradicionales oligarcas del país, los cuales habían mantenido su privilegiada posición durante siglos, sin oponente alguno. Mora fué el teórico de una revolución pacífica, pero profunda, que tenía por objeto principal derrocar a esas dos clases; e incapaz de apartarse de su línea de conducta, desconoció la sabiduría del político que actúa con la palabra suave y la sonrisa amable.

Así, compartió la desgracia de su partido cuando en 1830 subieron al poder los yorkinos, pero no fué llamado a ocupar puesto alguno de alta responsabilidad cuando poco más tarde triunfaron los escoceses. Durante los años de desgracia, redactó su famoso *Catecismo político de la Federación Mexicana*, obra que contiene la imagen del México de entonces vista críticamente por tan agudo observador. Escribió también entonces los *Discursos sobre la naturaleza y aplicación de las rentas y bienes eclesiásticos*, que lo acreditan como el más importante precursor de la Reforma.

Cuando en 1833 cayó Bustamante y ocupó el poder Don Valentín Gómez:

² Arnáiz y Freg.—*Op. Cit.*, p. 18.

Farías, Mora se ocupó, principalmente, de organizar un nuevo plan de enseñanza, y de defender al gobierno y sus reformas liberales en el periódico *El Indicador*, que fundó para ese efecto. Fué nombrado vocal de la Dirección general de Instrucción Pública, que tanto había contribuido a crear, y Director del Colegio de Ideología, el cual comprendería cátedras de “ideología, en todos sus ramos, una de moral natural, una de economía política y estadística del país, una de literatura general y particular, una de historia antigua y moderna”³.

Con todo, y pese a la escasa representación de su puesto público, Mora fué el director intelectual de la política de Gómez Farías. No sólo elaboró el plan educativo, sino que influyó decisivamente en las medidas que se tomaron para reducir la influencia del clero. Esto fué tan evidente a todos, que, más tarde, el propio Mora hubo de tomar la pluma para rebatirlo:

“Se dijo y repitió hasta el fastidio que cuanto se hacía en aquella época era por influjo de Mora. Mal conoce al señor Farías quien da crédito a estos desvaríos. Este hombre, uno de los más independientes de la posteridad de Adán, es incapaz de sufrir tal influjo. Uno es que Mora pensase y desease lo mismo que el señor Farías en los puntos capitales, y que en consecuencia, se encargase de estudiarlos para facilitar su ejecución, y otro es que hiciese ceder o doblegarse esta voluntad de hierro que hasta ahora nadie ha podido someter”.

A Gómez Farías le faltó energía, y el gobierno liberal cayó. Mora escribirá más tarde, comprendiendo en un párrafo penetrante toda la magnitud del fracaso:

“Cuando se ha emprendido y comenzado un cambio social es necesario no volver los ojos atrás hasta dejarlo completo, ni pararse en poner fuera de combate a las personas que a él se oponen, cualquiera que sea su clase; de lo contrario, se carga con la responsabilidad de los innumerables males de la *tentativa* que se hacen sufrir a un pueblo, y éstos no quedan compensados con los bienes que se esperan del éxito”.

A la caída de Gómez Farías, Mora, que tenía el espinazo poco flexible para pedir clemencia a los que llegaban con ansias de venganza, se desterró voluntariamente a París. Allí publicó su obra más importante, *México y sus revoluciones*, en la que venía trabajando desde tiempo atrás estimulado en

³ Textos y documentos sobre *Escuelas Laicas*, en el núm. 7 de la colección “El liberalismo mexicano en el pensamiento y en la acción”, dirigida por Martín Luis Guzmán. México, Empresas Editoriales, S. A., 1948.

parte por los galimatías históricos de don Carlos María de Bustamante, y en parte por el deseo de presentar al extranjero una imagen clara y objetiva de un país, mostrando las ventajas que éste ofrecía para la inversión de capitales, cosa que Mora consideraba esencial para restaurar la quebrantada economía nacional. Publicó de esta obra los tomos I, III y IV, pues el segundo que había de contener la estadística, no llegó a escribirlo nunca. Publicó también un volumen titulado *Obras sueltas de José María Luis Mora*.

En 1847 volvió al poder Gómez Farías, y nombró a Mora embajador en Londres. Gravemente enfermo se trasladó a París en 1850, donde murió el día 14 de julio de ese mismo año.

Había perdido todo su dinero y sólo vivió en el destierro gracias a la generosidad de unos compatriotas amigos.

“Ninguno de los suyos estuvo junto a él. Fué su sirvienta mexicana Juana de Nava la que le cerró los ojos. A ella dejó la herencia que en las últimas horas la buena mujer se atrevió a solicitarle: su retrato pintado al óleo en Londres en sus días de embajador, el mejor retrato de su vida.

“Juana de Nava fué traída a su país por cuenta del gobierno mexicano y el cariño que sentía por la memoria de su amo le impedía tolerar que la más leve capa de polvo empañara su efigie. Para contemplarlo limpio y reluciente, todos los días lavaba la tela con estropajo y con jabón. A su celo debemos atribuir la pérdida definitiva del más fiel retrato que de Mora nos quedaba.

“Con razón decía don José María Luis que el tiempo todo lo borra y lo hace olvidar”⁴.

*

Mora no tiene gran originalidad como historiador. La primera parte del tomo III de *México y sus revoluciones*, que es la que incluye la Conquista, está llena de agudezas críticas y claridades de visión; pero no encierra una concepción original, estructurada con rigor, ni nada por el estilo. La actitud de Mora es más bien la del que recibe algo hecho, y su ingenio sólo se manifiesta en los detalles, los cuales, considerados en conjunto, dan un sentido peculiar a su obra histórica.

Todo ello es visible ya en la “Advertencia al primer período”, en la cual hace algunas consideraciones preliminares:

⁴ Arnáiz y Freg.—“Prólogo” a *Ensayos, Ideas y Retratos*, por José María Luis Mora. México, Imprenta Universitaria, 1941, p. XXXIV.



“El deseo de no fatigar la atención del lector con continuas remisiones, ha obligado al autor a no citar al pie de las planas los autores de donde ha tomado los sucesos de la Conquista; así lo hará en toda la serie de la historia, indicando al principio de cada tomo las fuentes de donde los ha tomado, en qué cosas los ha seguido, y en cuáles ha creído necesario separarse de ellos. En cuanto a la Conquista, que es el asunto del primer período, como nada haya más auténtico que las cartas de Cortés y la historia de Bernal Díaz del Castillo, se ha dado la preferencia a sus relaciones sobre las de otros historiadores, muchos de los cuales han sido igualmente leídos y consultados”⁵.

Mora no explica por qué las relaciones de Cortés y Bernal Díaz son “lo más auténtico” que hay sobre la Conquista, lo cual requiere clara explicación, sobre todo si se tiene en cuenta que Cortés, por lo menos, es bastante sospechoso de parcialidad. Sin embargo, se ve claro el criterio que siguió Mora para seleccionar estas fuentes como principales: se trata del tan maldito de la proximidad en el tiempo y en el espacio.

Ahora bien, tal criterio es puramente abstracto, en cuanto sólo considera las circunstancias, no la calidad intrínseca de las obras. En efecto, un individuo que fuese sordo y mudo, mal podría relatar los sucesos por muy testigo presencial que fuese de ellos. Hasta resulta irónico aplicarle el epíteto de “testigo presencial” a quien ni ve ni oye. Claro está que se trata de un ejemplo extremo caricaturesco; pero ¿acaso no hay hombres, que, dotados de una vista clara, son ciegos, o cegatos, del entendimiento? ¿No los hay sordos a la razón? Y asentado esto, es preciso conceder que muy poco podríamos esperar del relato de tales hombres, y que sería demostrar muy escaso espíritu crítico el aceptarlos por el mero hecho de ser testigos presenciales.

Aclaro que se trata siempre de un ejemplo, porque no eran Cortés ni Bernal flacos de entendimiento; pero sí objetables como fuentes “auténticas”, que vale para Mora tanto como “fidedignas” en el sentido clásico del término. En efecto, no por ser testigos presenciales, están exentos de parcialidad o engaño, dado que ambos eran españoles y conquistadores, y lo que es más, cuidadosos de llevar el agua a sus respectivos molinos: El uno, Cortés, hablando siempre en primera persona, lo cual lo coloca como héroe único; Bernal, insistiendo sin descanso en los méritos de la masa, de la cual él mismo formaba parte, y rescatando del olvido su propio nombre y el de los que, como él, no hubieran figurado lógicamente en las páginas de la historia.

⁵ José María Luis Mora.—*México y sus revoluciones*. París, 1836. T. III, pp. V-VI. En lo sucesivo se indicará sólo la página, entendiéndose que se trata de la misma obra y tomo.



Ello no quiere decir que ambos sean despreciables como fuentes, ni muchísimo menos: lo único que se trata de demostrar es que la proximidad a los hechos en el tiempo y en el espacio no constituyen en modo alguno garantía de autenticidad, y que sólo una idea de la Historia con pretensiones de ciencia positiva pudo elaborar una tal doctrina. Ahora bien, esta idea de la Historia es muy propia del siglo XIX, y va muy de acuerdo con las tendencias culturales de Mora, el cual pretendió aplicar la ciencia natural a lo humano importando el liberalismo económico británico, que, como es bien sabido, tiene una clara estructura científico-natural (leyes de la oferta y la demanda, necesidad de la libre competencia, etc.).

Conviene no perder de vista este rasgo fundamental que informa la obra histórica de nuestro autor. Porque reaparece a cada paso y condiciona, además, sus limitaciones y sus hallazgos. Desde luego lo aleja de vaciedades eruditas y le hace comprender muy claramente ciertas exigencias prácticas de la historia:

“Los nombres de las ciudades y pueblos se han puesto tales como existen actualmente, abandonando en este punto a todos los que han escrito sobre la historia mejicana. Como el autor lo primero que se ha propuesto es ser entendido de todos, por esto da a los lugares aquellos nombres por los cuales son conocidos, sin ir a averiguar los que tuvieron antiguamente, ni perder el tiempo en investigaciones de tan secundaria importancia”. (p. VI).

Es claro que las tales averiguaciones no serían “de tan secundaria importancia” para el filólogo; pero Mora trata de hacer historia, y no filología. Por lo demás, la afirmación es interesante en cuanto muestra hasta qué punto escribía Mora de cara al gran público, y cómo su obra pretendía influir en la vida efectiva del país, sin quedarse en los gabinetes de los eruditos.

Llama la atención que, en su “Advertencia”, no haga Mora alusión directa a su idea de la Historia, y en cambio insista en reflexiones que corresponden, más que a un historiador, a un pensador social con pretensiones científico-naturales:

“Siempre que ha sido necesario hablar de la antigua población de Méjico y de los ejércitos que auxiliaban a Cortés o peleaban contra él, se ha tenido el mayor cuidado en no determinar sus fuerzas numéricas, y cuando esto se ha hecho, ha sido siempre con desconfianza. En nada merecen menos crédito los historiadores de aquel tiempo que en cuanto dicen sobre este punto. Si los modernos, que han hecho tan



considerables progresos en la aritmética política y en todos los medios que pueden conducir a la investigación de la verdad en materia tan difícil, apenas pueden obtener resultados de alguna probabilidad por aproximaciones más o menos remotas, ¿qué debemos decir de hombres groseros como los conquistadores, e ignorantes como los indios, cuando aseguran con tanta confianza el número de personas que componían la población y los ejércitos mejicanos, hallándose totalmente desprovistos de cuanto podía darles una idea de aquélla y éstos? Lo que puede asegurarse sin la menor duda es que no existían aquellos millones de habitantes, ni millares de soldados que se nos quieren figurar, pues ningún país en que la agricultura ha hecho pocos progresos, puede tener una gran población. Y ¿quién podrá dudar que la agricultura entre los aztecas se hallaba muy atrasada? Nadie, sino el que ignore que todos los animales de yugo e instrumentos de labranza les eran desconocidos. El mayor cuadrúpedo que existía en Méjico era el ciervo; se ignoraba el uso del fierro tan necesario para todos los instrumentos de campo; las presas, cercas, etc., eran muy pocas y mal construidas; y los bosques ocupaban la mayor parte del terreno que hoy se halla abierto para las labores. Así es que solo el empeño de los misioneros en engrandecer sus conquistas espirituales, y de los conquistadores en ponderar sus hazañas militares, ha creado en la imaginación de los escritores una población que jamás existió ni pudo existir. Se puede asegurar sin temor de equivocarse que el número de los indígenas al proclamarse la independendencia de 1810 era muy superior al que había en la época de la conquista”. (pp. VI-VII).

He transcrito casi íntegra esta disquisición demográfica, porque constituye una buena muestra de las cualidades y limitaciones de Mora en el terreno de la historia. Por un lado es evidente la capacidad crítica que revela; pero esta capacidad sólo se aplica a ciertos factores materiales de la Conquista. Porque, en efecto, ¿no plantea ésta problemas mucho más importantes y vitales que el del número de habitantes del Anáhuac? ¿Cómo, entonces, no los trata Mora?

La explicación nos ha de dar la clave para comprender su obra histórica. Mora era fundamentalmente, y antes que nada, un político; su atención se aplicó a aquellos aspectos de la realidad que tenían un sentido para él, utilizando, además, el criterio científico-natural que privaba en las ciencias sociales de la época. Por eso Mora captó como nadie hechos de la Conquista de México que escaparon a muchos, a la vez que dejaba a un lado aspectos que, por carecer de entronque con su doctrina política, no le inspiraban interés.

La primera consecuencia de ese hecho es la concepción general que tiene Mora de la Conquista: para él fué ante todo una hazaña política, y sólo muy secundariamente toma en cuenta el aspecto militar.

“La conquista de Méjico fué obra de un plan y un designio perfectamente combinados en todo aquello que estaba al alcance de la más perspicaz previsión, y auxiliados con mucha oportunidad por las medidas más propias y adecuadas, que para desembarazarse de las dificultades y lances imprevistos, improvisaba el talento del general. No se trataba de exterminar a los habitantes, sino de someterlos; no de pillar las poblaciones, sino de ponerlas en contribución, y no se entraba en acción de guerra sino cuando el enemigo acometía, y para evitar la agresión se habían tentado previa e infructuosamente todos los medios pacíficos”. (pp. 7-8).

Corolario lógico de esta concepción de la conquista, es la admiración por Cortés que se percibe de continuo en la obra de Mora. La figura del capitán aparece expresa o tácitamente en cada página del libro, y puede decirse sin exageración que todo el relato de Mora está estructurado en torno a un solo personaje:

“Estando [Cortés] resuelto a hacerse dueño del imperio, proyectó apoderarse de la capital y de la persona del monarca; mas como para hacerlo a viva fuerza era necesario sostener muchas acciones de guerra, que aun cuando todas le fuesen favorables, al fin vendrían a acabar con su pequeño ejército, se decidió a aparecer más como negociador que como guerrero, resuelto a no hacer uso de las armas sino en el último caso, y en cuanto fuese necesario para sostener la reputación de invencible que con buen éxito había procurado adquirirse”. (p. 10).

Entonces inicia las negociaciones:

“Aquí [en Cempoala] da principio aquella serie de profundas combinaciones por las cuales se logró armar una parte de los habitantes de estas regiones contra la otra, interesando a unos en la destrucción de los otros, batiendo en detal y con las fuerzas de los aliados a los que oponían resistencia, obligando a éstos después de derrotados a seguir la causa del vencedor y a militar en sus banderas, y acabando por la destrucción del imperio y la subyugación de los que lo componían”. (p. 12).



Esto es lo que se ha llamado la perfidia de Cortés. Mora lo ve como un proceso natural de conquista y no oculta su admiración por el hombre que fué capaz de realizarlo. Lo cual no deja de ser sorprendente. Mora fué un político “de izquierda” y eso en México se considera sinónimo de “indigenista”, en el sentido polémico de negación de todos los valores hispánicos, lo que no implica, en la mayor parte de los casos, defensa efectiva del indígena. Ahora bien, dicha actitud, como todas las de carácter negativo, que no van acompañadas de otras positivas, es eminentemente demagógica; y nada más lejos de Mora que la demagogia.

Por eso comprende y valora la actitud de Cortés. Esta se ha calificado de pérfida; pero ¿había acaso una forma más humana de realizar la Conquista? ¿Cuántas muertes no se evitaron así? ¿Y se ha pensado alguna vez cuál hubiera sido el resultado de una invasión violenta llevada al cabo por un ejército suficientemente poderoso? Los sedicentes “izquierdistas” que critican por eso a Cortés adoptan, sin comprenderlo, una actitud radicalmente opuesta a sus pretendidas convicciones políticas, porque para cualquier hombre respetuoso de la paz y de la vida humana, es siempre preferible el político, por tortuoso que sea, que el espadón militar.

No es este el único punto en el que hemos de comprobar la concordancia entre las ideas políticas de Mora y su visión histórica, concordancia que ahora vemos muy olvidada en la actualidad. Pero sigamos a Mora.

Este, como ya hemos dicho, admira la hazaña de sutil política que constituye la Conquista; pero su visión de los hechos, en este punto, es harto clara para olvidar los aspectos militares de la empresa. Lo que sucede es que Mora da a las hazañas militares el lugar que les corresponde, es decir, un lugar secundario. Hacer esto en la primera mitad del siglo pasado, y aun hoy, tiene algo de insólito, porque los historiadores, dotados de una extraña capacidad para las abstracciones, y de una paralela ceguera para lo concreto real, leen “Conquista”, y piensan automáticamente en “acción militar”. Es cierto que, de una manera general y abstracta, *conquistar* vale tanto como “adquirir o ganar a fuerza de armas un estado, una plaza, ciudad, provincia o reino” (Dicc. de la Academia); pero no es menos cierto que, siendo los hechos históricos particulares y concretos, la misión del historiador ha de consistir en mostrarlos en esa su peculiar concreción.

Ahora bien, por poco que se repare en la Conquista del Anáhuac con intención meditativa, se comprenderá cuán lejos de ella están los que la conciben como una acción predominantemente militar. Ciertamente, fué este aspecto —el militar— el que hizo más ruido, pero ello está en su esencia misma, y *más ruido* no implica necesariamente *más importancia histórica*.

Hasta cierto punto, y en cuanto lo permitía la estructura de su pensa-

miento —que como va dicho entraña ciertas limitaciones—, Mora comprendió el carácter secundario de lo militar en la Conquista de México:

“Aquí [después de Otumba] da fin la primera parte de la expedición de Cortés que puede llamarse pacífica, atendiendo a que este general obró en ella más como un diestro negociador que como un intrépido militar; su habilidad y talento estuvieron en ejercicio continuo para echar los fundamentos de una empresa que puede llamarse exclusivamente obra de estas prendas, y en que el valor de los soldados y las operaciones militares tuvieron la menor parte. Cortés hasta entonces estuvo a la defensiva, preparando cuanto podía hacerlo fuerte en el orden físico, moral y político. Para lo primero había solicitado auxilios de España y de las colonias establecidas en las islas inmediatas, y supo sacarlos del país mismo haciendo amigos suyos a todos los enemigos del imperio, y armando una parte muy considerable de los súbditos de éste contra la otra; apoderado del gobierno de Méjico en la persona de Moctezuma y usando del poderoso ascendiente, que por las prendas de que lo había dotado la naturaleza, tenía sobre todos los que lo rodeaban, supo hacerse amigos entre los mismos mejicanos, dando a unos los puestos de que los otros eran despojados, y creando por este medio a su favor intereses que antes no existían; de esta manera minaba un edificio que era necesario arruinar, pero no podía ser tomado por asalto. Hasta las preocupaciones reinantes en el país sirvieron a su intento: dió por descendiente de Quetzalcoatl y de los que con él se habían ausentado hacia el oriente, al rey de España y a sus súbditos los españoles, y por este medio arrancó del pueblo y de las autoridades del imperio el único título que según el derecho de gentes, podría de algún modo autorizar la Conquista. Por último adquirió en el tiempo que no hubo guerra ni rompimiento, cuantos conocimientos podían serle útiles y conducentes al fin que se proponía, así respecto de las localidades que podían tener una importancia militar, como de los intereses y pasiones de los habitantes capaces de ser subordinados, y servir a las miras del conquistador. De esta manera, aunque Cortés salió derrotado de Méjico, sus medios de apoderarse de esta capital y con ella del imperio eran seguros, pues el país quedaba minado por todas partes y el edificio se hallaba ya al desplomarse”. (pp. 82-83).

Se ve claro cómo en la concepción de Mora, los hechos militares aparecen subordinados a los políticos. En efecto, la Conquista de la capital por la fuerza sólo es posible gracias a las hábiles negociaciones que la preceden. De otra manera el fracaso de los españoles hubiera sido completo.



El mérito de las negociaciones se atribuye exclusivamente a Cortés, lo cual resulta exagerado; pero hay un aspecto de suma importancia en ello, y es la mención que hace Mora del “poderoso ascendiente” que el capitán tenía “sobre todos los que lo rodeaban”. Según Mora ese ascendiente se debió a “las prendas de que lo había dotado la naturaleza” lo cual evidentemente suena a ingenuidad científico-naturalista, y constituye una explicación insuficiente. Pero el influjo personal de Cortés —y de otros conquistadores, como Alvarado, por ejemplo— es un hecho en el que se ha reparado poco. Desde luego tiene una gran importancia histórica el analizarlo debidamente, entre otras razones, porque el prestigio de los conquistadores jugó un papel de primera importancia. No olvidemos que los indígenas los llamaron “teules”, o dioses, y que hasta la fecha no se ha dado una explicación plenamente satisfactoria de la actitud admirativa de los conquistados. Ciertamente que se ha recurrido al mito de Quetzalcoatl como solución; pero ¿por qué todos han aceptado sin crítica alguna el influjo enorme que se atribuye a ese mito? ¿No podría éste ser un simple expediente, cómodo para “explicar” hechos demasiado complejos para las mentes de los indígenas de entonces y de los cronistas españoles? En otra parte de esta misma obra intentamos una respuesta; sirva lo dicho para recordar que Mora apunta un hecho que, a la luz de las investigaciones actuales, adquiere pleno significado.

Como se ve, Mora concentra toda la acción de la Conquista en Cortés, y ello va en aumento a medida que su sagaz espíritu crítico destruye mitos seculares. Uno de ellos es el de la superioridad de las armas españolas:

“Las fuerzas españolas, a pesar de la superioridad de sus armas y disciplina, nada hubieran podido contra el valor de Guatimotzin, el número de sus tropas y la situación ventajosa de su capital, si los celos de las repúblicas independientes, y el insufrible despotismo que siempre es la ruina de las naciones, y tenía disgustados hasta lo sumo a los súbditos del imperio, no hubiese proporcionado al talento de Cortés los medios de destruir las fuerzas de unos con las de los otros, mantener casi intactas las suyas y sentarlas sobre las ruinas de los que por una fatalidad eran enemigos entre sí, debiendo solo serlo del común invasor, que sin ocuparse de sus riñas, acabó por destruir en todos los derechos que las motivaban y eran mutuamente reclamados”. (p. 173).

Repárese en que Mora mide y calcula con ojo de experto los factores militares y políticos. Desde luego desecha la superioridad del armamento como factor decisivo, lo cual ha sido ampliamente demostrado. Pero, además, atribuye el desmoronamiento del imperio al “insufrible despotismo que siempre es la ruina de las naciones”.

Ya hemos hablado de la consecuencia con que sigue Mora sus ideas políticas en el campo de la historia. Aquí se presenta un nuevo ejemplo de ello, ejemplo que deberían de tener en cuenta los que afirman que fué la conquista española el origen de la pérdida de la libertad de los indígenas. Semejante absurdo histórico carece de justificación real, y además quienes lo sostienen —sedicentes “izquierdistas”, como es sabido— caen en la flagrante contradicción de presentar como modelo de virtudes político-sociales a un estado cuya caída se debió en buena parte al despotismo que ejercía sobre los pueblos sometidos a su poder.

Si Mora admira la hazaña política de Cortés, no por eso es ciego para los aspectos oscuros de su actuación. Así, critica con dureza los rasgos crueles de la conquista, que —como es lógico— pertenecen al campo de la acción militar:

“El triunfo de Cortés [contra los tlaxcaltecas] fué manchado con una de aquellas crueldades gratuitas tan comunes en aquel siglo, y que en todas las conquistas, si se exceptúa la de Méjico, fueron de un uso muy frecuente. Sea por principios de generosidad o con el objeto de espíar el campo enemigo, muchos tlaxcaltecas iban a él con víveres para el sustento de los españoles en el período de las hostilidades. Cortés se apoderó de unos cincuenta de los principales, y creyendo o afectando creer que eran espías, les hizo cortar a todos las manos, y así mutilados los envió a Tlaxcala”. (p. 15).

Mora, el antimilitarista, ve con instintiva repugnancia estos actos que condena aun reconociendo que eran frecuentes en la época y que en México se redujeron al mínimo. Pero él era enemigo de la violencia, y nunca se cansó de repetir que los efectos de ella son negativos. Refiriéndose a los acontecimientos de Cholula, dice:

“Dos días duró esta escena de muerte y desolación en la que perecieron más de seis mil personas, y la barbarie con que se ejecutó fué tal, que el gobierno español no pudo desentenderse de ella, e hizo que se abriese una información judicial para averiguar y poner en claro la realidad, medios y fines de la conspiración que la provocó. Como quiera que sea, aunque la felonía de que usaron los de Cholula sea uno de los mayores delitos según las leyes de la guerra, y éstas autoricen a los generales de los ejércitos para castigarla severamente, el castigo, cuando la conspiración está descubierta y frustrada, como sucedía en el caso, debe recaer sobre los principales culpados y no sobre la masa del pueblo, de lo contrario no puede libertarse de la nota de excesivo



y atroz. Como Cortés ejercía estos actos de ferocidad más bien por cálculo que por inclinación, mandó cesar la mortandad. . .”. (pp. 22-23).

Mora comprende que Cortés no era un asesino por sistema, sino que obraba teniendo en cuenta siempre el fin que perseguía, y usando de la crueldad sólo cuando ella le parecía medio adecuado. Pero, con todo, condena el exceso cometido en Cholula, fiel a su afán humanitario.

Vemos, pues, que, si Mora no es “indigenista”, tampoco puede ser considerado como un “hispanista” apasionado. La rigidez e inflexibilidad de su carácter, unidas a una extraordinaria fidelidad a sus ideas, le llevó a su admiración por ciertos aspectos de la Conquista que él vio personificados en Cortés; pero esas mismas características de su carácter le hicieron condenar —sin ahorro de epítetos peyorativos— los rasgos violentos y crueles de la Conquista.

En cuanto a la actitud de Mora hacia los indígenas, es enteramente análoga a la de Alamán. No los vio en su mundo y valoró su influjo muy secundariamente. En el relato de la Conquista aparecen como telón de fondo:

“Con esta expedición poco aumentada, pues jamás llegó a mil y quinientos hombres, subyugó Cortés a la mayor y más guerrera de las naciones del Nuevo Mundo, y destruyó el imperio más vasto y organizado que en él existía, compuesto a lo menos de tres millones de habitantes que nada tenían de común con las tribus bárbaras y salvajes por las cuales estaban pobladas todas las islas y las cuatro quintas partes del continente”. (pp. 6-7).

El elogio es completo, pero puede decirse que es la única referencia extensa que hace Mora sobre los indígenas. Además aparece minado por una serie de críticas que surgen a lo largo de toda la obra, y que dicen mucho de la agudeza de su autor.

“Cuando trascendió por la ciudad la resolución de la corte [prisión de Moctezuma], la alarma se difundió rápidamente por todas las clases de la sociedad, y sus resultados habrían sido funestos a los españoles, si el pueblo de Méjico hubiese tenido otra idea de sus obligaciones políticas que la de una sumisión absoluta o ilimitada a la voluntad del monarca”. (p. 24).

“Las predicciones de un mejor éxito y de un triunfo seguro hechas en nombre de los dioses, aunque tantas veces desmentidas, todavía tuvieron poder para prolongar las desgracias de un pueblo supersticioso,



acostumbrado a ver en los impostores que lo sacrificaban los intérpretes de la divinidad”. (pp. 168-169).

Y luego, este juicio definitivo:

“Así es como estos miserables fueron víctimas del despotismo civil y religioso, que en todas partes ha sido el origen fecundo de todas las desgracias de los pueblos”. (p. 169).

No puede decirse que estos juicios de valor, tan absolutos y terminantes, tengan un carácter histórico. Pero es evidente que, en el caso particular a que los aplica Mora, tuvieron una vigencia notable, y dieron a los españoles la mejor carta para el triunfo final.

*

La idea que Mora tuvo de la Historia fué limitada y carente de originalidad. No vió al indígena, y en ello radica su principal deficiencia. Tampoco fue capaz de comprender ciertos aspectos espirituales de la Conquista. Pero su pensamiento liberal le dió ojos para ver el carácter peculiar —político— de ese hecho histórico, tanto en lo que respecta a los españoles, como al despotismo indígena. Su aportación a la historia de la Conquista es, por ello, considerable.

BIBLIOGRAFIA DE JOSE MARIA LUIS MORA

ANAYA IBARRA, Pedro María.

Introducción y selección a *Páginas escogidas*. México, D. F. Secretaría de Educación Pública, 1947. (Biblioteca Enciclopédica Popular, n. 140).

ARNÁIZ Y FREG, Arturo y otros.

El Doctor José María Luis Mora 1794-1850.

Homenaje de la Universidad Nacional de México al reformador ilustre. México MCMXXXIV. Contiene un “Estudio biográfico del Doctor en teología y Licenciado en derecho civil Don José María Luis Mora” por D. Arturo Arnáiz y Freg, trabajo premiado por la Universidad Nacional, “El Doctor José María Luis Mora y la Educación en México”, por el Profesor D. Fulgencio Vargas y “El Doctor Mora”, por el Profesor D. Joaquín Ramírez Cabañas.¹

ARNÁIZ Y FREG, Arturo.

Prólogo y selección a *Ensayos, ideas y retratos* de José María Luis Mora. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma (Biblioteca del Estudiante Universitario), México, 1941.

COUTO, José Bernardo (?).

Apéndice al *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, tomo II, México. Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, 1856. El artículo de Mora se le ha venido atribuyendo a José Bernardo Couto, aunque no está firmado.

COUTO, José Bernardo.

Obras, México, 1898. T. I. (Biblioteca Agüeros).

¹ Del citado estudio de Ramírez Cabañas copio la bibliografía completa de las obras de Mora, que él, a su vez, tomó de la formada por José Bernardo Couto.

CHÁVEZ OROZCO, Luis.

La gestión diplomática del Dr. Mora. Archivo Histórico Diplomático Mexicano. México, 1931.

DE REAL, Mr.

Derecho Eclesiástico escrito en francés por Mr. De Real y traducido al castellano por J. M. M., 1826. Dos tomos en 4º Este Derecho Eclesiástico es el tomo 7º de la Ciencia del Gobierno de Real.

FERNÁNDEZ MAC GREGOR, Genaro.

Estudio crítico de *El Doctor Mora Redivivo* (Selección de sus obras). México, Ediciones Botas, 1938.

GARCÍA, Genaro.

Documentos inéditos o muy raros para la historia de México. Tomo VI; Papeles inéditos y obras selectas del Doctor Mora. México. Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1906.

GARCÍA, Genaro.

Diez civiles notables de la Historia Patria. México, 1944.

MORA, José María Luis.

Semanario Político y Literario de México. Segunda época. México. Un tomo en 4º desde noviembre de 1821 hasta marzo de 22.—Hay poco del redactor.

Catecismo Político de la Federación Mexicana. México 1831. Opúsculo en 8º de 102 páginas.—Es una explicación razonada de la Constitución de 1824, vigente a la sazón.

Derecho Eclesiástico, escrito en francés por Mr. De Real y traducido al castellano por J. M. M. 1826. Dos tomos en 4º Este Derecho Eclesiástico es el tomo 7º de la Ciencia del Gobierno de Real.

Observador de la República Mexicana. Periódico Semanario. Primera época. México. Tres tomos en 4º—Principió en julio de 27 y acabó en enero de 28.—Los discursos y artículos suscritos con la inicial L., son del Doctor Mora. Casi todos versan sobre la contienda que traía entonces el partido escocés con el yorquino, o aluden a ella. Es notabilísimo el discurso sobre expulsión de españoles, medida que Mora impugnó con noble valentía, con vigorosa lógica y con rasgos de verdadera elocuencia.

Observador de la República Mexicana. Periódico Semanario. Segunda época. México. Tres tomos en 4º que corren de marzo a octubre de 1830.—La misma inicial marca en esa época lo que pertenece a Mora.

Discurso sobre la naturaleza y aplicación de las rentas y bienes eclesiásticos. México, 1833. Opúsculo en 4º Esta disertación se escribió en 1831, para ganar un premio que había ofrecido la Legislatura de Zacatecas, y no llegó nunca a adjudicarse. La imprimió en 1833 el mismo Estado, y luego la reimprimió el autor en el “Indicador” y sus “Obras sueltas”, adicionada. Allí comenzaron a sembrarse sobre materias eclesiásticas las máximas que a poco se intentó convertir en leyes de la República, y ocasionaron la primera caída de la Constitución Federal y la revolución más tarde.

El Indicador de la Federación Mexicana. México. Tres tomos en 4º y el primer número del cuarto; desde octubre de 1833 hasta mayo de 34. Fue único redactor Mora.

México y sus Revoluciones. París, 1836, tomos 1º, 3º y 4º en 8º—El primer tomo presenta una descripción general del país, con nociones sobre el gobierno colonial. El segundo, que no llegó nunca a escribirse, debía contener la estadística de los Estados de la Federación. El tercero está dividido en cuatro libros, el primero de los cuales refiere la Conquista en el siglo XVI, y los otros tres las varias tentativas que se hicieron durante la dominación española para separar a México de la metrópoli. El cuarto tomo contiene en cuatro libros la historia de la insurrección desde 1810 hasta fines de 1812. El Dr. Mora no hizo, ni estaba en su genio hacer largas y profundas investigaciones sobre los particulares de nuestra historia en los varios períodos que abraza. Algunas partes de ella, como la relativa a los pueblos aborígenes, la miraba con positivo desvío. Tratóse de las épocas siguientes, ordinariamente toma los hechos como se cuentan, sin cuidarse de enriquecer el caudal de la ciencia histórica. Ya hemos dicho que estimaba muy poco la erudición. Lo que hay notable en su obra es la manera de presentar los sucesos y el arte con que sabe enderezarlo todo a las miras políticas que se había propuesto. Esto acredita el talento del autor, aunque tal vez no sea el mejor encomio de un libro histórico.

Obras sueltas. París, 1837. Dos volúmenes en 8º—El primer tomo contiene en substancia tres partes. La primera es una Revista Política de las varias administraciones que la República Mexicana había tenido hasta 1837; la segunda una reimpresión de varios opúsculos del obispo electo de Michoacán, D. Manuel Abad y Queipo; la tercera, lo que se escribió en 1833, principalmente por el autor, sobre ocupación de los bienes de la Iglesia. El segundo tomo es una colección de todos o casi



todos los artículos y discursos que había publicado en el “Semanario” y el “Observador”.

Publicó además unos apuntes para la defensa del general Negrete, acusado de complicidad en la conspiración del P. Arenas y escribió el Manifiesto que se dió a luz bajo el nombre del general Bravo, Vice-Presidente de la República, después del malhadado alzamiento de Tulancingo en enero de 28.

En 1823 se imprimió en México un extenso informe suscrito por él y presentado a la diputación provincial sobre el desagüe de Huehuetoca. Aunque visitó personalmente esa importante obra por comisión del cuerpo a que pertenecía, el informe no lo escribió él, sino un discípulo suyo que lo acompañó en la visita.

El Doctor Mora Redivivo. (Selección de sus obras). Estudio Crítico por Genaro Fernández Mac Gregor. México, Ediciones Botas, 1938.

Genaro García.—*Documentos inéditos o muy raros para la historia de México.* Tomo VI. Papeles inéditos y obras selectas del Doctor Mora. México. Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1906.

Ensayos, ideas y retratos. Prólogo y selección de Arturo Arnáiz y Freg. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma (Biblioteca del Estudiante Universitario), México, 1941.

Páginas escogidas. Introducción y selección de Pedro María Anaya Ibarra. México, D. F. Secretaría de Educación Pública, 1947. (Biblioteca Enciclopédica Popular, n. 140).

RAMÍREZ CABAÑAS, Joaquín.

El Pensamiento económico del doctor José María Luis Mora. México, 1943.

SOSA, Francisco.

Biografías de Mexicanos Distinguidos. México. Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento. 1884.

TORNEL Y MENDIVIL, José María.

Breve reseña histórica de los acontecimientos más notables desde el año de 1821 hasta nuestros días. Edición de Ignacio Cumplido, 1852.

TOSCANO, Salvador.

El Doctor Mora. Biografías populares. México, Ediciones de la Universidad Nacional. 1936.



YÁÑEZ, Agustín.

Edición y Prólogo a *México y sus revoluciones* de José María Luis Mora. México, Editorial Porrúa, 1950, 3 vols. (Colección de escritores mexicanos, 59-61).

ZAVALA, Lorenzo de.

Ensayo histórico de las Revoluciones de México desde 1808 hasta 1830, en el tomo segundo.